

Comentarios al libro: *Relatos y reflexiones del doctor Carlos Campillo Sáinz**

Luis Benítez-Bribiesca**

sorprende primero y luego gratitud fueron los sentimientos que me despertó la llamada telefónica del doctor Carlos Campillo Serrano para pedir-me que fungiera como uno de los comentaristas del libro póstumo de su padre, el doctor Carlos Campillo Sáinz. Fue la sorpresa de lo inesperado y la gratitud de una elección por demás honrosa e inmerecida. No acepté de inmediato la tarea, quizás por temor; esa sensación ante lo inexplorado. Al maestro Campillo sólo lo conocí como científico y funcionario, pero ignoraba su reduto humano.

Conocí al maestro Campillo Sáinz hace algunos decenios como una persona de encumbrados éxitos académicos: exdirector de la Facultad de Medicina, Presidente de la Academia Nacional de Medicina y Subsecretario de la Secretaría de Salud y Asistencia. Sabía, por relatos de mi padre, médico prominente también, que don Carlos había sido uno de los pioneros de la virología en México y fundador del Instituto Nacional de Virología. Sus investigaciones en el aislamiento del virus de la rabia, el cultivo del virus de la poliomielitis, de la encefalitis equina, sus estudios sobre la vacuna del sarampión y sus numerosos premios y reconocimientos internacionales lo revestían con un aura académica de prístina luz que, lejos de deslumbrar, iluminaba su personalidad sencilla, vital y amable. Recibí de él siempre un trato gentil y cálido, cuando en mis años bisoños me iniciaba como docente en la cátedra de patología y más tarde cuando me aventuraba en la laberíntica tarea de editar una revista científica de mi especialidad. Desafortunadamente, el trato se redujo a episodios fugaces que sólo me dejaron ver lo más apa-

rente del maestro. Poco tardé en comprender que ahora, su hijo, me brindaba la rara oportunidad de entrar, aunque fuera sólo al atrio, de ese sagrado templo que es la intimidad del hombre, tanto más cuanto se trataba de un gran personaje de la medicina nacional.

La segunda sorpresa, acaso mayor que la primera, fue cuando tuve el librito en mis manos. La presentación, escrita por su hermano José está henchida de evocador cariño y admiración fraternal. Allí me enteré de su talento matemático, de su prodigiosa memoria y de su gran cultura que lo hizo incursionar en la filosofía, la historia, la literatura y las bellas artes; pero quizás lo más revelador fue descubrir su vocación humanista, esa que en nuestros agitados días tecnificados se esfuma con rapidez de médicos y de científicos. Llama profundamente la atención de quien hojea el libro por primera vez que, a sus recuerdos infantiles le dedica 65 páginas, la mayor parte, y a los relacionados con la medicina 43. Culmina con un ensayo de 7 páginas y casi 9 de pensamientos que titula graciosamente "ociogramas". No hay mención alguna de sus logros académicos, científicos, ni administrativos que eran la vestimenta externa de su personalidad.

¿Por qué? ¿Qué lo impulsó a relatar episodios y anécdotas candorosos que en apariencia pudieran ser intrascendentes para el lector común? Nunca lo sabremos por boca del autor, pero la lectura cuidadosa del texto, elegante y ágil revela un mensaje cifrado que cada quien deberá interpretar. ¿Será que al despojarse de su ropaje externo podía revelar la textura tersa de su espíritu?

**Relatos y Reflexiones*. Editorial Offset, septiembre de 1995. Este libro fue presentado en el Auditorio Raoul Fournier de la Facultad de Medicina, UNAM, el 13 de diciembre de 1995.

**Académico numerario, Jefe de la Unidad de Investigación en Enfermedades Oncológicas, Hospital de Oncología, Centro Médico Nacional Siglo XXI IMSS. Corresponsable y secretario de los Dr. Luis Benítez Bribiesca. Jefatura de la Unidad de Investigación en Enfermedades Oncológicas Hospital de Oncología a Nivel 3 Centro Médico Nacional Siglo XXI IMSS Cuauhtémoc 330 Co. Doctores 06725 México D.F.

Lo anecdótico y cotidiano de su vida infantil y después de médico residente, lo transforma en símbolo que todos símbolo, trasciende la realidad escueta, Campillo encuentra en sus vivencias más íntimas y remotas el significado de su vida. Son sus símbolos, esos donde se encierra el misterio de su exitoso curso vital.

Los relatos infantiles son evocación de un continuo nacer; de un escalamiento progresivo de conciencia en un marco pueblerino, de una sociedad sencilla de antaño que fue cruelmente deglutida por la nuestra.

La primera cachetada que recibe en la cuna, propinada por su hermano mayor, es su primer despertar. Desde ese episodio en adelante, se da cuenta que no está solo en este mundo, pero que la soledad intrínseca del hombre sólo puede romperse con amor. Sus relatos evocan sorpresa, curiosidad y profunda comprensión de cada episodio vital. La lombriz que arroja en él y su alter ego los hermanos más, quizás por descubrir que los mismos silenciosos intrusos, *mutatis mutandi* fueron capaces de invadir su más profunda entraña. Los episodios escolares son límpidos y frescos pues parecen iluminar, cada uno, como la alborada matutina, un nuevo despertar.

En el colegio de las madres Dominicanas y luego en el colegio de los Maristas, desarrolla sus vínculos amistosos, encuentra y distingue las diferentes personalidades, aprende a estudiar, a jugar y a respetar. Distingue entre el hombre y la mujer, entre lo bueno y lo malo y entre la fantasía y la realidad. Ese niño que va de asombro en asombro y de despertar en despertar, tempranamente descubre que el amor es el mundo palpitando dentro de sí. Entendió que la realidad "es lo que se vive dentro, muy dentro de nosotros mismos". Así comprende que el hombre es la medida de todas las cosas. ¿Cómo podría un chico que piensa y siente así, dedicarse más tarde a la investigación científica, por definición fría y objetiva? Puedo aventurar que precisamente por eso y no a pesar de eso. El buscaría respuestas al dolor humano a través del laboratorio y del microscopio. Fue el camino que escogió para solucionar el doloroso conflicto de la existencia. En las candorosas estampas de su vida pueblerina, nos muestra su sentido poético y literario, así como su fina sensi-

bilidad. No son sólo descripciones, son pinceladas impresionistas que paulatinamente colorean la tela con la imagen animada de la botica de San doval, las funciones de cine y los chispeantes episodios de conturbios y compañeros de escuela.

Por último, en su encuentro con los niños de otra estirpe social, los de la correccional, aprende lo que es la marginación, la injusticia y la falta de afecto humano. En una frase estremecedora, descubre que el tímido y huraño muchacho apodado "el tigre" ansioso por una brizna de cariño, atrapa alimañas, no para comérselas sino para acariciarlas: eran su única compañía.

Sus relatos médicos podrían sorprender a sus colegas y alumnos quienes conocieron sus éxitos profesionales y su trascendente labor en la investigación virológica, pues en ellos nunca aborda esos temas. El mensaje cifrado solo puede entenderse como una continuación de sus experiencias infantiles, ahora enfrentándose con la enfermedad, con el sufrimiento y con la muerte. Más bien redescubriendo ese gran misterio que es el hombre a través de la relación del enfermo con el médico, ese mágico vínculo que conforta y a veces sana pero que los médicos de nuestra época han pretendido sustituir con técnicas de laboratorio e instrumentos computados. Bien harían nuestros jóvenes residentes en leer y sobre todo meditar en los profundos ensayos sobre la "Mujer Muerta. Estimulación o premonición y la Mujer Vestida de Rojo" ahora que el dolor y el tránsito mortal solo los observa insensible en los registros de los monitores en las salas de terapia intensiva. En aquellos episodios nos muestra cómo el médico comparte y sufre con su paciente la tragedia de la enfermedad y sea sombra y pregunta lo incontestable: ¿Qué es la muerte?

En los relatos sobre la rabia, el virólogo, el galardonado con la medalla Pasteur, no aborda ningún aspecto técnico, ignora a la ciencia; le interesa lo humano. Hace gala de ingenio y de profundidad reflexiva al comparar el mundo de la rabia con la rabia del mundo; analiza a los personajes del centro antirrábico y termina con una hermosa discusión metafórica de la personalidad del perro y del gato. El primero simboliza el cariño sincero y el segundo el oportunismo convenenciero.

Se antoja una fábula de La Fontaine cuando relata que el gato saltó de alegríarelamiéndose los bigotes al escuchar a un político estadounidense afirmar que "en política no hay amistades sólo intereses".

El "voto del 12 de diciembre" es un relato impactante que invita a la más íntima meditación, sobre el pensamiento mágico-religioso. Ahí destaca lo irracional e insondable de la fe que finalmente es el único asidero del que dispone nuestro pueblo, pobre e ignorante.

El último ensayo, es a mi manera de ver la conjunción del pensamiento filosófico y humano de don Carlos. Tomó la mano para explicar al hombre. Con certera frase nos dice que cuando el antropoide opuso el pulgar, remontó de un salto la escala zoológica y el mundo entero le cayó en las manos. Así con cincel y martillo erigió palacios y monumentos con el afán inútil de sobreponerse al tiempo. ¡Que bella forma de expresar el vanidoso intento de la búsqueda inmortal de nuestra especie! El símbolo de la mano es universal. Lo encuentran en toda la expresión humana; la ve con toda su exquisita belleza y su gran fuerza en los frescos de Miguel Ángel y en las maravillosas esculturas de Rodin y descubre que en su configuración epidérmica se refleja todo el hombre: el gesto manual condena, absuelve, santifica, acaricia. En la iglesia la mano bendice y consagra, en la medicina la mano palpa, percute y conforta. La mano del médico como la del sacerdote cura; una el cuerpo a el alma.

Más adelante en sus ociogramas nos pinta un reflejo de su vivacidad, humorismo y profundidad intelectual. Quizás el que mejor se aplica a esta época anestesiada por la televisión y la informática es el que dice que "en los tiempos que corren nadie muere por sus ideas y sí muchos por falta de ellas".

En "Relatos y Reflexiones", el doctor Carlos Campillo Sainz nos obsequia lo más valioso de su ser: su intimidad. Con ello se nos revela como un gran hombre que trasciende a su imagen de científico y de académico. Es un médico que sabe que para ejercer esa profesión es necesario ser culto, sensible y amoroso. Que en la medicina la técnica y la ciencia son sólo un medio para entender y aliviar el sufrimiento del enfermo y nunca un fin. Que la cultura y el arte son el complemento para formar al hombre, sobre todo al que se hace médico. Y por la ciencia, como por el arte, se va al mismo sitio, a la verdad; pero no a una verdad absoluta, si no íntima, personal. Lo que importa es el camino, es lo que hace entretenidos los días y gratas las noches. El fin es siempre un sueño y quizás el verdadero fin es nunca llegar, decía Marañón.

En estos tiempos, en que el saber se ha fragmentado, en que las ciencias médicas se deshumanizan y en las que la figura de los profesores cultos y universales escasean, la lectura de este pequeño volumen puede ser una llama inspiradora, para las nuevas generaciones tan ayunas de humanismo.